

Rana de arena

Libro de viaje

DAVID HOYOS GARCÍA



LETRA X LETRA

—DIARIO DE VIAJE—

Hoyos García, David

Rana de arena / David Hoyos García. – Medellín: Editorial EAFIT, 2020
170 p.; 21 cm. -- (Letra x letra).

ISBN: 978-958-720-714-9

ISBN: 978-958-720-715-6 (versión EPUB)

1. Saint Louis (Senegal) – Descripciones y Viajes. I. Tít. II. Serie

966.3 cd 23 ed.

H867

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría

Rana de arena

Libro de viaje

Primera edición: julio de 2021

© David Hoyos García

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/editorial>

<https://editorial.eafit.edu.co/index.php/editorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-714-9

ISBN: 978-958-720-715-6 (versión EPUB)

Coordinación editorial: Carmiña Cadavid Cano

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: Dibujo en apuntes de libreta de viaje, visita a San José del Guaviare (2021). Tobías Arboleda, artista plástico (ilustrador), realizador audiovisual y músico.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Editado en Medellín, Colombia

A Pilar

*Le désert lui-même a pris un sens, on l'a surchargé de poésie.
Pour toutes les raisons du monde, c'est un lieu consacré.*

Albert Camus, L'été

Dakar

El guardia revisó mi pasaporte y me miró desconfiado al tiempo que pronunciaba: “Co-lom-bia”. Recorrió sus páginas lentamente y observó los sellos de viajes anteriores.

—¿Por qué viaja tanto? —me preguntó en un francés impecable— ¿Qué tipo de cosas transporta usted? —continuó.

A pesar de estar acostumbrado a este tipo de preguntas en los aeropuertos, no podía ocultar mi angustia: me sentía completamente extranjero, pero en el sentido más amplio que tiene la misma palabra en francés, *étranger*, extranjero y extraño, minúsculo de alguna forma. El guardia me indicó que lo acompañara y me llevó por unos pasillos largos mientras disponía de mi pasaporte en su mano derecha y yo le preguntaba si todo estaba en orden. Después de guardar silencio, me dijo que me sentara en una silla de madera re-vejida, junto a otro pasajero. Casi media hora pasó cuando otro guardia, de unos dos metros de estatura, me dijo que entrara a una sala con mis pertenencias. El otro hombre permaneció a la espera. Dentro de la sala el guardia que me invitó a pasar (leí Modou en su chapa de identificación policial) junto con otro, Cheikh, me pidieron que colocara todo lo que traía sobre la mesa al mismo tiempo que me

preguntaban de dónde venía, por qué viajaba, qué me traía a Senegal, por qué lo hacía solo; y si algo he aprendido con los años es que en las aduanas hay que mantener la calma, hablar muy despacio, tratar con muchísimo respeto al guardia y mirarlo a los ojos, tal vez aprecien un aire de sinceridad. Modou y Cheikh revisaron minuciosamente todo lo que traía en mi mochila de viajero, los sánduches, el agua y una botellita de vino que la azafata me había ofrecido en el avión de AirFrance. Cheikh me pidió luego que me quitara la ropa y así lo hice, lentamente, hasta quedar desnudo. Ellos revisaron cada doblez y me pidieron que hiciera una sentadilla para ver si dejaba caer algún objeto que estuviera aprisionado entre mis nalgas. Luego, hicieron un par de llamadas pero no entendí lo que decían: hablaban en *wolof*. Modou me pidió que me vistiera de nuevo y que guardara mis pertenencias en la mochila. Así lo hice. Ambos guardias salieron del cuarto, Cheikh con mi pasaporte en su mano, y me dejaron allí. Cerré mis ojos y me puse a respirar profundo, todavía de pie, hasta que unos diez minutos después me pidieron que saliera y tomara asiento al lado de la persona que esperaba su turno. En esos momentos es muy difícil socializar, pues los miedos están a flor de piel, sin embargo, me preguntó que de dónde venía y le dije que de Montreal. Él me dijo que era de Beirut, infelizmente su pasaporte tampoco era bienvenido. Hubiera querido hablar más con él, pero Modou lo invitó a pasar al cuarto donde minutos antes yo había estado. En eso llegó Cheikh y me entregó mi pasaporte.

—Todo en orden —me dijo—. Puede irse, pero déjeme esa botellita de vino. Se la entregué sonriéndole y él sonrió también.

Recorrí los pasillos de ese aeropuerto ya vacío, con la sensación del sudor en mi piel y cargando doce kilos en mi espalda. Hasta que arribé a la zona de recepción de pasajeros internacionales. Había algunas personas ahí, y una de ellas se acercó a mí, me abrazó eufórico y, sin maliciar, hice lo mismo, “Mustapha, ¿eres tú?, fue largo el viaje...”, le dije en mi francés andino. Le entregué una bolsa con los sánduches y el agua. Me hizo señas de que lo siguiera y así hice, trasparamos unas barras que separaban el corredor de la sala de espera y ya había andado unos treinta metros cuando de repente escuché mi nombre a lo lejos: el verdadero Mustapha me gritaba y yo me vi en medio de los dos mientras intercambiaban miradas de desprecio, como dos leones indomables. El verdadero Mustapha me llamó también con mi apellido, me dijo que trabajaba para Syto, que me estaba esperando hacía dos horas. Traía consigo una bandera de Quebec. Le creí. Tomé en mis manos la escarapela del otro Mustapha y vi que su foto no coincidía con su rostro. Luego, pidió disculpas y se marchó con mi bolsa de sánduches y el agua. Lo vi perderse en el horizonte del estacionamiento del aeropuerto. El verdadero Mustapha me abrazó. Quise besar la tierra y besarlo a él. Todo mi cansancio, el tiempo de espera, la escala en París me hacían desfallecer, y solo quería llorar y revolcarme en la arena del desierto como lo hacen las ranas.

Era de noche cuando me instalaron en un hotel desde donde podía sentir una explosión de olores: el de la mar, el de la sal y el del sudor, y también el de los dobles de mi piel. Me llevaron al cuarto una *fataya* que me comí en la mayor de las lentitudes.

Soñé tranquilo.

Dakar a las siete de la mañana tiene un color especial, el de la piel africana.

Baño de agua fría.

Bajé las escalas del hotel con mi mochila en las espaldas. Mustapha me esperaba. Me dijo que el camino era largo, que si quería podía dormir en el auto.

Tomamos la ruta hacia el norte. No puse ningún filtro a todo lo que vi: calles de arena, baobabs como los de *Le Petit Prince*, mangos y ñames. Niños corriendo por la calle, mujeres de cuello largo, dentaduras perfectas, un pequeño mirar a un pedazo de Atlántico: piraguas coloridas apiñadas en la playa, olor a mariscos y a pescado seco. Un caballo que cojea solitario, viejos autos que se corroen en la arena olvidados al borde de la ruta, un dromedario arrancando hojas de un árbol, un rebaño de cabras que siguen el sentido contrario a la dirección de este sol ecuatorial. La luz resalta colores. Ocre al fondo, marrón a mi derecha, naranja a mis espaldas.